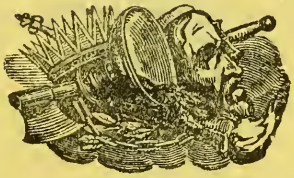
2736

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA CRUZ DE ORO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1862.

17

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Ballasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los amantes de Chin
Lo mejor de los dado
Los dos sargentos es
Los dos inseparables
La pesadilla de un
La hija del rey René
Los extremos.
Los dedos huéspedes
Los éxtasis.
La posdata de una ca
La mosquita muerta
La hidrofobia.
La cuenta del zapate
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres
Los amantes de Ter
La verdad en el esp
La banda de la Conc
La esposa de Sancho
La boda de Quevedo
La Creacion y el Dil
La gloria del arte.
La Gitana de Madri
La Madre de San Fe
Las flores de Don J
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuori
La bolsa y el bolsill
La libertad de Flor
La Archiduquesita.
La escuela de los a
La escuela de los p
La escala del poder
Las cuatro estacion
La Providencia.
Los tres banqueros
Las huérfanas de la
La ninfa Iris.
La dicha en el bien
La mujer del pueb
Las bodas de Camo
La cruz del míster
Los pobres de Mad
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Cast
La calle de la Mon
Los pecados de los d
Los infieles.
Los moros del Riff
La segunda cenicie
La peor cuña.
La choza del alma
Los patriotas.
Los lazos del vicio
Los molinos de vi
La agenda de Cor
La cruz de oro.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobri
Martin Zurbano.

18

LA CRUZ DE ORO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ELIAS AGUIRRE Y LAVIAGUERRE.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1862.

PERSONAJES.

LA CONDESA DE NIEVA.
JULIA.
DOÑA PETRA.
D. ENRIQUE.
D. CÁRLOS.
EL CONDE DEL FRESNO.
D. PASCUAL.
D. SERAFIN.
MARCOS.
ANSELMO.
CABALLERO 1.º
IDEM 2.º
Señoras, Caballeros, Lacayos.

La accion pasa en Cádiz: empieza á las cuatro de la tarde y concluye á las dos del siguiente dia.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, *son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

El editor se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SR. D. RAMON AGUIRRE Y LAVIAGUERRE.

A nadie con mas justicia que á tí, que con tanta resignacion y nobleza has sabido hacer frente al infortunio, puedo dedicar esta comedia. Asi lo hago, para que nuestros nombres vayan unidos como un lazo eterno de fraternal cariño.

TU HERMANO,

El Autor.

606616

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada: puerta al foro: otra á la izquierda y balcon á la derecha. Una mesa con recado de escribir á la izquierda: libros y papeles.—Al levantarse el telon aparece Enrique escribiendo y Cárlos entra por el foro.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, CÁRLOS.

CARLOS. Adios, Enrique.
ENRIQUE. Adios, Cárlos.
CARL. ¡Hola! ¡á vuelta con los versos!
Mucho trabajas, querido,
y es probable que el cerebro...
ENRIQ. Soy contigo. (Continúa escribiendo.)
CARL. Nada, nada:
concluye tu pensamiento,
que yo no vengo de prisa,
y aqui fumando te espero.
(Se sienta y enciende un cigarro habano.)
¡Legítimo de la Habana!...
Contrabando, por supuesto:
este aroma no se expende
en los estancos. De ciento
pasan ya las gacetillas
que le claman al gobierno

reformas sobre el tabaco,
y el gobierno... nada, quieto.
En España estas reformas
se estancaron *in eternum*.
Uf... ¡soberano cigarro!...
(Echando una bocanada de humo.)
Señor, en el universo
no hay cosa como tenderse
sobre una butaca; luego
formar castillos al aire;
creerse estar bajo un techo
de magníficas molduras,
de damascos, terciopelos:
aspirar ricas esencias
que exhalan mil pebeteros;
contemplar las odaliscas
alrededor, que hacen fresco
con abanicos de pluma,
ó bien tañendo instrumentos
de dulcísima armonia
elevan cantares tiernos!...
¡El serrallo!... ¡Oh, si, el serrallo!...
Ese es mi gran elemento!
Lo dicho dicho: los turcos
han sabido hallar el medio
de hacer hermosa la vida,
sublime en todos conceptos.

ENRIQ. Dispensa, chico... (Levantándose.)

CARL. ¿Has concluido
de versificar?... Me alegro.
No debes de molestarte
ya tanto: lo desapruebo.
Antes bien debes calmar
ese poético fuego;
porque, Enrique, ya en el dia
solo se aprecian los versos
para envolver, ¡pobres musas!
alcarabea y orégano.

ENRIQ. No ocupaban mi cabeza
las musas este momento.
Asunto mas importante...

CARL. Un asunto... ¿Esas tenemos?

Cuenta, cuenta, si es que no hay
inconveniente.

ENR. Confieso
que mi corazon quisiera
guardar profundo silencio;
pero tú eres mas que amigo
mi hermano, confiarte quiero
lo que me pasa, y tal vez
me darás un buen consejo.

CARL. (Estrechándole la mano.)
Gracias por la preferencia.
¡Siempre tuyo!... Pero advierto
por tus palabras, que el lance
tiene trazas de ser serio...
¿Es desafio?

ENR. No. Escucha.

CARL. Siéntate, y cuenta sin miedo. (Se sientan.)

ENR. Estando solo ayer tarde,
agobiado bajo el peso
de tristes cavilaciones,
y de antemano sabiendo
que no vendrias á verme,
salí á distraer mi tédio.
Me dirigí á la muralla,
por si hallaba en el paseo
la bella por quien suspiro,
y al atravesar el trecho
que media entre las Delicias
y la Alameda, tropiezo
con una cartera... (Sacándola.)

CARL. ¡Vamos!
todo, todo lo comprendo.
Mi consejo es que no entregues
el dinero.

ENR. ¿Qué dinero?

CARL. ¡Ah! ¿estaba vacia? Entonces...

ENR. Sé formal, y oye.

CARL. Oigo atento.

ENR. Esta cartera encerraba
unas cartas...

CARL. ¡Trapicheos!...
¿Las leiste?

ENR. Todas ellas:
despues me pesó el hacerlo.
La curiosidad me indujo,
pero hice mal...

CARL. Muy bien hecho.
Lo primero en tierra extraña
es explorar el terreno.
¿Y qué dicen?

ENR. Dicen mucho:
revelan hondos misterios.

CARL. ¡Ya! (Con malicia.)

ENR. Secretas relaciones
de cierta dama...

CARL. ¡Ya entiendo!

ENR. Conocida en la provincia.

CARL. ¿Su nombre?

ENR. (Con empacho.) Cárlos...

CARL. Respeto
de esa dama los arcanos;
pero entre nosotros, creo
se pueda decir el nombre.

ENR. Mira pues.
(Mostrándole un billete de la cartera.)

CARL. (Viendo la firma.) ¡Qué estoy leyendo!
«La Condesa...» ¡Quién creyera!...
¿Y qué vas á hacer?

ENR. En eso
pensaba precisamente
cuando llegaste. No acierto...

CARL. Juzgo que debes mandarlas.

ENR. Mandarlas... ese es mi intento,
y una carta la escribia
para ponerme á cubierto,
diciendo que solamente
he visto la firma.

CARL. ¡Bueno!
En los tiempos que alcanzamos
no es crimen ser embustero.

ENR. La prudencia....

CARL. Tu conducta
me parece bien, la apruebo.
Le devuelves á una dama

honor, ventura y sosiego,
y tales acciones hallan
en su dia el justo premio.
Cuando vea su cartera
creerá que viene del cielo!

ENR. Mira, un billete escribia
para remitir... (Yendo á la mesa por él.)

CARL. ¡Soberbio!
Lo que importa es devolverla,
y mejor cuanto mas presto.
¿Cerraste tu esquela?

ENR. Si.

CARL. Pues seré su mensajero. (Tomándola.)

ENR. ¡Cómo! ¡tú mismo!

CARL. En persona.
Lances de tal valimiento
reclaman grande prudencia.
¡Tú verás su desempeño!

ENR. Cuidado, ¡Cárlos!

CARL. (Dándole la mano.) Descuida.

ENR. Vuelve despues.

CARL. Pronto vuelvo.

ESCENA II.

ENRIQUE.

Escribiré á Julia... No.—
¡Julia!... Por mas que me esfuerzo
para calmar mi inquietud,
se aumentan mas mis recelos!
Diez dias há no la he visto
ni sé de ella. Este silencio...
¡Oh! su padre de su casa
me arrojó con gran desprecio,
no bien de mi corazon
descubrió el sincero afecto.
¡Tristes miserias humanas!...
Todo, ¡todo por dinero!
¡Oh! ¡Cuándo el destino adverso
dejará de perseguirme!...
¡Nunca!... su favor no espero.

ESCENA III.

ENRIQUE, DOÑA PETRA.

PETRA. ¿Cómo tan despacio aqui?
¿Qué es eso? ¿no sale usted
á dar una vueltecita?
ENR. Aguardo á Cárlos.
PETRA. Muy bien.
¡La tarde está deliciosa!...
Yo vengo de recorrer
las tiendas, ¡y qué de gente
por esas calles se vé!
Todos van á disfrutar
el envidiable placer
de pasear la muralla.
ENR. ¡Dichosos ellos!...
PETRA. ¿Pues qué,
no puede usté hacer lo mismo?
ENR. Si, señora; puedo hacer
que allí las piernas me lleven;
pero el confuso tropel
de mis negros pensamientos
no me deja comprender
esos risueños encantos
de naturaleza fiel.
Mi situacion...
PETRA. Quite allá.
¡Pues no es mala la sandez!
¿Asi se amilana un jóven
de provecho, y al laurel
de la esperanza renuncia?
¡Por vida!... ¡pues está buen!...
¡Uf!... ¡qué juventud tan noña!
Sacúdase usted la piel,
destierre toda tontuna,
y deje el mundo correr,
alegrarse, divertirse!
ENR. Gracias.
PETRA. Debe conocer
que estos consejos los dicta
mi sano desinterés.

ENR. Gracias, doña Petra, gracias:
yo sabré corresponder.
PETRA. Conque lo dicho, alegrarse,
y que siga el entremés.
El mundo está dando vueltas,
y al que hoy le dá de comer
acibar, mañana acaso
le pone en los labios miel.
Voy á ver si arreglo un poco...
¡Buen ánimo!
ENR. Hasta despues.
(Al salir Doña Petra tropieza con el Conde, que se presenta.)
PETRA. ¡Jesus!...
CONDE. (Preguntándola.) ¿Don Enrique Hurtado?
PETRA. Ahí está.
ENR. (¡Quién podrá ser!)
PETRA. (¡Qué olor á esencias despide!
Por las muestras es gran pez.)

ESCENA IV.

ENRIQUE, el CONDE, que toda la escena mantendrá un tono pedante.

CONDE. Caballero...
ENR. Servidor.
CONDE. ¿Me conoce usted?
ENR. No tengo...
CONDE. Pues á proponerle vengo
cierto asunto...
ENR. (Con sorpresa.) ¡Á mí, señor!—
Mas tome asiento.
CONDE. (Sentándose.) Si tal.
ENR. (¿Qué será esta conferencia?)
CONDE. (No tiene mala presencia:
(Examinándole con el lente.)
bien me dijo don Pascual.)
Amigo, en esta ocasion,
aunque le parezca rara
mi oferta, verá que es clara
y muy digna de atencion.

ENR. Usted dirá.
CONDE. Es el negocio
que algunos bienes poseo
en la Habana: este correo
de allá me escribe mi socio.
Se encuentra su salud mal;
hacer él frente no puede
al giro, y el puesto cede
á un nuevo corresponsal.
Como no admite tardanza
tan comprometido asunto,
necesito hallar al punto
un hombre de confianza.
Hablando á cierta persona
de mi estado, su merced
me hizo indicacion de usted,
á quien su honradez abona.
No vacilé ni un instante,
como llega usted á ver,
en venirle á proponer
un cargo tan importante.
Si esto halaga sus sentidos,
y acepta usted, le aseguro
que me libra de un apuro
y ambos quedamos servidos.
ENR. Caballero, tal bondad...
asi... tan inesperada!...
CONDE. La verdad, ¿á usted le agrada?
ENR. No sé qué hablar, en verdad.
CONDE. (Tratemos de alucinarle.)
Gozará usté un sueldo fuerte,
y podrá labrar su suerte
si cuida no malgastarle.
Respecto á la garantia
tomará aqui adelantadas
dos, tres, ó cuatro mesadas,
contando desde este dia.
ENR. ¡Señor!... (Confuso.)
CONDE. (Le veo inclinado!)
Para mayor claridad,
(Sacando un bolsillo con oro y billetes.)
con toda puntualidad

puede cobrar al contado.

ENR. Señor, vamos con templanza! (Serenándose.)
Tengo, aunque pobre, decoro,
y no me deslumbra el oro.

CONDE. (¡Malo!)

ENR. (Sonriendo.) Sin duda una chanza...

CONDE. Chanzas de tal calidad
jamás, amigo, las doy.
El conde del Fresno soy:
lo que dije es la verdad.

ENR. Pues si en esto no se esconde
intencion falsa ó burlona,
nómbreme usted la persona
que por mí le hablara, Conde.

CONDE. Es ponerme en un aprieto
del que salir no me es dado,
porque, amigo, me han vedado
decir el nombre.

ENR. (Extrañado.) ¡Un secreto!

CONDE. No es permitido á mi boca
hacer mas aclaracion:
dije mi proposicion,
y á usted decidir le toca.

ENR. Mas...

CONDE. Si tengo confianza
en usted, ¿qué hay que le asombre?

ENR. Quisiera saber el nombre
de quien salió á mi fianza.

CONDE. Baste saber á su afan,
para mas satisfaccion,
que en la presente ocasion
pruebas de afecto le dan.
Pues sin esperanza alguna,
y con un pasar mediano,
le ponen á usté en la mano
el medio de hacer fortuna.
En fin, usted puede hacer
lo que guste ó le convenga,
mas le ruego juicio tenga,
que no es cosa de perder.

ENR. (¡Extraño caso!...) Respeto
su silencio y su promesa,

aunque me cause sorpresa
lo raro de tal secreto.
Porque sufriendo el rigor
de un continuo padecer,
apenas puedo creer
que tenga yo un protector.

CONDE. Pues bien, cálmese al presente;
y yo le salgo garante
que sabrá mas adelante
nombre y calidad.

ENR. Corriente.
Mi natural inquietud
no quiero sea importuna,
y guardaré á tal fortuna
mi deuda de gratitud.

CONDE. (Estoy haciendo el papel
con un aplomo... ¡Magnífico!
Yo creo que el específico
obrará.) La suerte fiel
recompensa á la desgracia,
y hoy su estrella vé lucir.
¡Bien, jóven!... ¡gran porvenir!
(¡Es mucha mi diplomacia!)

ENR. Usted me alienta...

CONDE. (Afirmando.) ¡De veras!
Talento, ¡bien parecido!...
Pronto dará usté al olvido
sus desventuras primeras.
Aunque parece perdida
la esperanza, no se agota;
con mas ardor luego brota
por la ambicion impelida.

ENR. (¡Oh! ¿quién podrá ser? No infiero...
Tan extraña proteccion!...)

CONDE. Es decir, en conclusion,
que aceptará usted?

ENR. (Algo confuso.) Lo espero.

CONDE. ¡Cómo!

ENR. Conde, hasta mañana
no le puedo contestar.

CONDE. ¡Um!... (Meneando la cabeza.)

ENR. Tengo que consultar...

CONDE. (¡Malo!) Usted no vá á la Habana.
ENR. Veré: mi resolucion
es ir allá; mas primero,
señor Conde, arreglar quiero
otra pendiente cuestion.
CONDE. ¡Ah! Vamos: fácil se expresa...
¿Cuestion de amores?... ¡Bah, bah!
(Le daré aviso al papá
no se mologre la empresa.)
ENR. Mañana...
CONDE. Quedo enterado.
(Fuera una broma tirana,
que viniendo yo por lana
me volviera trasquilado!)
Piense usted cual corresponde
á su buen juicio: es un hecho
que le dará honra y provecho.
Adios.
ENR. Adios, señor Conde.

ESCENA V.

ENRIQUE.

Vamos á cuentas, Enrique.
En este suceso extraño,
¿se envolverá algun engaño?
¿Qué fin?... No sé cómo explique...
¡Oh! mi razon extraviada
no acierta, no, á comprender...
Mas yo, ¿qué puedo temer
en tal circunstancia?... Nada.
Veré á Julia, y si consiente
en seguir la suerte mia,
horas de paz y alegria
gozaremos juntamente.
¡Cielos!... ¡sospecha cruel!
Á su padre causa afan
este amor... ¿Si será un plan
convenido entre ella y él?
¡Ay, Dios! ¡mi razon se abisma!
¿Habrá ella misma intentado
alejarme de su lado?

¡Su orgullo!... si, ¡es ella misma!
Aun cuando quiera dudar,
esta interna agitacion
que me rasga el corazon
me lo dice sin cesar!
La sobra razon, á fé:
yo nunca aspirar debí...
Debo olvidarla... Si, si:
lejos de ella partiré.
Pues en soledad fatal
he vivido desde niño,
sin el materno cariño,
sin el amor paternal,
seguiré solo en mi anhelo;
devoraré sin espanto
las lágrimas de mi llanto
con mis risas de consuelo.
Lejos de la patria mia,
y lejos de esa mujer,
tal vez pueda renacer
en mí la muerta alegria.
Y si no encuentro la calma
que há menester mi martirio,
me arrancaré en mi delirio
yo mismo mi débil alma!

ESCENA VI.

ENRIQUE, MARCOS.

MARCOS. Don Enrique, buenas tardes.
Acá estamos todos.
ENR. ¡Marcos!
(¡Oh! por este saber puedo...)
MARCOS. Yo soy, Marquitos... De paso
que fuí á recoger al muelle
unos encargos del amo,
dije: «Veré á don Enríque:»
y como nunca reparo
en pelillos, dicho y hecho;
aqui me puse en dos saltos.
¡Oh! Vengo de estar á bordo

de un hermosísimo barco.
Un bergantin... el *Velero*
¡Uf! qué aparejo y qué casco!

ENR. Bien, despues me contarás.
Ahora quiero... (Muy impaciente.)

MARCOS. ¿Está usted malo?

ENR. ¡Tengo afan por que me expliques!

MARCOS. Pues ese semblante pálido...

ENR. ¿Qué sabes de Julia?

MARCOS. ¡Ah, ya!
¿Quiere usted saber?... Volando.
Justamente mi venida
á eso se reduce.

ENR. ¡Vamos!

MARCOS. Tengo que contarle mucho.
Pero por Dios y los santos
de la córte celestial,
que de todo cuanto le hablo
no se trasluzca una sílaba.
Si el principal por acaso
lo descubriera, de fijo...

ENR. ¿Dudas de mí? (Gravemente.)

MARCOS. Bien, al grano.
Pues el grano es como sigue.
Ayer noche en el despacho
penetró el Conde del Fresno,
la puerta tras sí cerrando.
Picó mi curiosidad;
y como el que no hace caso,
desde la misma trastienda
mis dos orejas alargo,
por si pescarles podia
alguno que otro vocablo.
Cuando le oigo á don Pascual
claramente:—«Honor muy alto
para mí, yo desde luego
le otorgo su blanca mano.»—
¡Zape! me dije yo entonces;
navegan á todo trapo.

ENR. ¡El Conde del Fresno!... ¡Imbécil
de mí! ¿conque es mi contrario?
era un lazo que tendian...

MARCOS. Pues, para tomar el barco
al abordaje.
ENR. ¡Qué infamia!—
¿Y qué mas?
MARCOS. Á poco rato
tomó el Conde la vocina,
y dijo:—«Pero este obstáculo
no es obstáculo de monta.
Mandarle á pais lejano,
y ella vivirá tranquila:
descuide usted: yo me encargo.—
—«Bien: replicó don Pascual,
ese es el medio mas sano.
Hacerla creer á mi hija
que él olvida sus encantos,
y parte á climas remotos
nuevos amores buscando.»—
Aqui recogieron velas
y sobrevino un calmazo.
ENR. ¡Todo lo veo!... Si, Julia
(Fuera de sí y reconcentradamente.)
habrá sin duda aceptado!...
MARCOS. Lo ignoro; pero usted sabe
que es muy blanda á los mandatos
del papá. Despues... á veces...
las suele tentar el diablo...
¡Un título llama mucho!
ENR. ¡Es verdad!... ¡Seduce tanto
la ostentacion, las riquezas!...
Y yo, ¿qué la ofrezco en cambio?
Amor puro, pero amor
sin joyas engalanado:
ese amor que desde el cielo
Cristo á la tierra nos trajo;
amor que vive en las almas,
no en oropeles mundanos!
Por consiguiente mi amor
á sus ojos es menguado,
y comprenderle no pueden
sus corazones de barro.
MARCOS. ¡Muy bien dicho! ¿Mas qué hacer?
Habrá averias de largo

si no muda usted el rumbo.

ENR. Nunca admitiré ese cargo
que me ofrecen. ¡Oh! y el Conde...
¡Pagará su insulto caro!
Mas él qué culpa le acusa?
Amarla como yo la amo,
y aspirar á ser su esposo.
Si el padre le ha autorizado,
y ella tal vez... ¡Esta idea
me hace el corazon pedazos!
Yo arrostraré sus desdenes,
yo sufriré resignado
que no me miren sus ojos,
que me desprecien sus labios;
partiré á lejanas tierras,
pero verla en otros brazos...
¡Oh, nunca! que á mi rival,
si no me mata, le mato.

MARCOS. (¡Reventó la Santa Bárbara!)
¿Y á qué buscar un naufragio
tan?... Yo que usted, trataria
de hablarla, que al fin y al cabo
no sabemos si ella piensa...

ENR. Hablarla, si, de eso trato:
pero no sé de qué suerte
podré conseguirlo.

MARCOS. Veamos:
hay una ocasion propicia.
Con tanto como he charlado
se me pasó el advertirle...
Esta mañana temprano,
al hablar con su doncella
y echando la sonda cauto,
descubrí van esta noche
á un baile de gran boato
que la Condesa de Nieva
dá en sus salones.

ENR. (Con ironia.) Ya caigo.
¡Un baile!... ¡Famoso arbitrio
para templar su quebranto!

MARCOS. El padre querrá distraerla,
pues sabe como buen práctico,

que si no aligera el lastre
puede encallar en un bajo.

ENR. Y el Conde...

MARCOS. Les acompaña.

ENR. ¡Lo quiero ya ver mas claro!-
No importa; yo necesito
ir á ese baile. No alcanzo
cómo, mas... ¡Si la cartera
no hubiese llevado Cárlos!

(Aparece Cárlos jadeando y enjugándose la frente.)

MARCOS. ¡Ya está su vela á la vista! (Mostrándole.)

CARL. ¡Uf!... Chico, vengo sudando
como un pollo. ¡Qué carrera!

MARCOS. Viaje de bolina... ¡Bravo!

CARL. ¿Qué hablas tú, marino en ciernes?

MARCOS. ¿Yo? nada: que ya al ocaso
toca el sol, y levo el ancla.—
Volveré mañana un rato. (Á Enrique.)
Conque enfilar bien la proa,
y á dar caza á ese corsario.

ESCENA VII.

ENRIQUE, CÁRLOS.

ENR. (Estrechándole la mano con efusion.)
Y bien, mi amigo, mi hermano,
cuéntame... ¡Si Dios quisiera!...
¿Entregaste la cartera?

CARL. Á ella misma, en propia mano.

ENR. (Con abatimiento.)
¡Oh! ya mi sola esperanza...

CARL. ¡Qué dices! ¿Te has vuelto loco?

ENR. No acierto... (Ofuscadamente.)

CARL. Ni yo tampoco.
Pero, Enrique, ¿qué mudanza?...
Estás muy pálido.

ENR. (Balbuceando.) ¿Yo?

CARL. ¡Te tiembla la mano!

ENR. (Aparentando serenidad.) Nada.

CARL. Si, vacila tu mirada...
Algo te ha pasado.

ENR. (Forzándose por reir.) No.
Sigue contando.

CARL. Bien, cuento,
pues veo que te interesa.—
Pregunté por la Condesa,
y salió un vejete atento.
Solicité hablar con ella;
le pasaron el recado,
y al punto fuí trasladado
ante la Condesa bella.
Entrambas prendas le dí,
la cartera y la misiva;
leyó, y en su impresion viva
un desmayo me temí.
Murmuró:—¡Gracias le doy!...
—Á mí nada, nada en modo
alguno, á mi amigo todo.
Señora, á sus pies estoy.—
Y tomé la puerta afuera.
Tan preocupada se hallaba,
que no vió que me marchaba,
ni me contestó siquiera.

ENR. ¡Oh! tu precipitacion,
me quita el solo partido...
Tal vez te hubiera ofrecido
su casa.

CARL. (Extrañando.) ¿Y con qué intencion?
Vamos, habla.

ENR. (Meditando.) ¿Cómo y dónde
buscar un medio?

CARL. ¿Qué pasa?

ENR. ¡Oh! ¡mi corazon se abrasa!
Tengo por rival á un conde:
un conde que de improviso
ha pedido á Julia bella.

CARL. ¡Á tu amada!

ENR. Si.

CARL. Pero ella...

ENR. Con ella hablar me es preciso.
La Condesa... ¡suerte extraña!
hoy dá un baile, y sé en mi afan
que Julia y su padre van

y el Conde les acompaña.
Quiero ir al baile, y allí,
si ella engañó mis creencias,
su orgullo y sus opulencias
vejaré en mi frenesí.
Pues hago mas yo en ceder
de mi alma el puro tesoro,
que las arcas llenas de oro
que ella me pueda ofrecer.

CARL. ¡Enrique!... (Calmándole.)

ENR. ¡Mi amor insultan,
mi pobreza! Si supieras,
Cárlos, sus tramas arteras...
¡Oh! ¡pero en vano se ocultan!

CARL. Cuéntame todo.

ENR. De todo
despues te pondré al corriente;
pero ahora lo mas urgente
es que busquemos un modo
de ir al baile.

CARL. ¡Para qué!
Un escándalo es perderla,
y perderte.

ENR. (Con resolucion.) ¡Quiero verla!

CARL. ¿Tendrás calma?

ENR. ¡No lo sé!
¡Oh! yo quisiera olvidarla;
pero cuanto mas lo intento,
tan solo capaz me siento
para amarla, ¡para amarla!

CARL. Bien, lo leo en tus ardores:
quien ama cual tú, no afrenta,
ni pone la fama en venta
del ángel de sus amores.
Podrá sentir que le hiere
la muerte en el corazon,
pero su misma pasion
respeta al ser por quien muere.

ENR. ¡Cárlos! (Echándose en sus brazos.)

CARL. No perder el tino:
cálmate, y al baile iremos.

ENR. ¿Pero cómo?

CARL. Ya veremos:
Dios abrirá algun camino.

ESCENA VIII.

ENRIQUE, CÁRLOS, DOÑA PETRA, ANSELMO, en el foro.

ANS. (Á Doña Petra.)
Tengo que hablarle al instante.
PETRA. (Á Enrique.) Por usted pregunta.
CARL. (Bajo á Enrique.) (Aplomo.
¡Él es!)
ENR. (¿Quién?)
CARL. (El mayordomo
de la Condesa.)
ENR. (Á Anselmo.) Adelante.

ESCENA IX.

ENRIQUE, CÁRLOS, ANSELMO.

ANS. ¡Uf! ¡qué modo de correr!
Lo juro por cuanto valgo:
para alcanzarle, de un galgo (Por Cárlos.)
las piernas son menester.
Don Enrique...
ENR. (Inclinándose.) Yo...
ANS. ¡Qué azar!
Pues yo creí...
(Cárlos hace una señal negativa y Anselmo se dirige á Enrique.)
Orden expresa
le traigo de la Condesa
que con usted quiere hablar.
ENR. ¡Ah! bien.
ANS. Y vengo, en su nombre,
á convidarle á la fiesta
que dá esta noche.
CARL. (¡Hago apuesta
que cayó del cielo este hombre!)
ENR. (¡Oh, mis deseos consigo!)
Dé usted por contestacion,

que esta noche á la funcion
iré con Cárlos mi amigo.

ANS. Señores... (Saluda y se vá.)

ENR. (Con espansion.) ¡Ay!...

CARL. ¡Calma, calma!

ENR. ¡Me parece todo un sueño!

CARL. Ya que lograste tu empeño,
domina el ardor del alma!

ENR. ¡Del alma!

CARL. Tengo promesa...

ENR. ¡Esperanzas, pronto allí!...

CARL. ¿Conque al baile?

ENR. Al baile, sí.
¡Dios favorezca mi empresa!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon lujosamente adornado, con puertas al foro, que dan vista á otros salones: arañas encendidas. A la izquierda una puerta con tapiz. Silleria elegante, butacas, etc. Al levantarse el telon atraviesan por el foro varias señoras y caballeros.

ESCENA PRIMERA.

D. SERAFIN, CABALLEROS 1.° y 2.°

SERAFIN. ¡Brillante el salon está!
CAB. 1.° ¡Qué magnificencia!
CAB. 2.° ¡Asombra!
SERAFIN. ¡Oh! la Condesa de Nieva,
es en elegancia y modas
la primera entre las damas;
la mas envidiable joya!
CAB. 2.° Pero, ¿quién es?...
CAB. 1.° Serafin
algo sabrá de su crónica,
pues él lleva el alta y baja
de nuestras bellas.
SERAFIN. Sabrosa
distraccion para mis ocios.
El bello sexo me arroba!
CAB. 1.° La Condesa, segun creo,
vino de Francia...

CAB. 2.º De Roma,
SERAFIN. Señores, tengo entendido
que ha viajado en Europa,
dejando por todas partes
de su opulencia memoria.
Casó con el viudo Conde
de Nieva, que muerte pronta
halló de una apoplegia;
y ella viuda, rica, hermosa,
se lanzó á gozar del mundo
con todo su fausto y pompa.
CAB. 1.º ¡Suerte tuvo!
SERAFIN. ¿Quién?
CAB. 1.º El Conde
mató á su primer esposa,
pero la segunda...
SERAFIN. Es cierto:
tomó la revancha en contra.
Y á no suceder asi,
no gozariamos ahora
estos ratos deliciosos,
que atenta nos proporciona.
Pero, señores, volvamos
al salon, porque estas otras
salas, no ofrecen aquella
animacion seductora.
Echaremos lo *quevedos*
sobre las ninfas que adornan
el baile, y que el pié torneado
deslizan por las alfombras
al suavísimo compás
de la orquesta embriagadora.
CAB. 2.º ¡Esta es noche de conquistas!
SERAFIN. Conquistemos, ¡y arda Troya!
(Se calan los lentes, y al marcharse aparece Anselmo por la derecha del foro, mirándolos con aire de compasion.)

ESCENA II.

ANSELMO.

¡Todos con lente!... ¡qué lástima
Lo juventud española
toda vá quedando ciega.
¡Época calamitosa!
En mis tiempos, vive Cristo,
no era asi la gente moza.

ESCENA III.

La CONDESA, ANSELMO.

COND. (Saliendo por la puerta izquierda.)
¿Anselmo?
ANS. Condesa...
COND. ¿Vino
ese jóven?
ANS. No, señora.
COND. En el momento que llegue...
ANS. Ya entiendo.
COND. Déjame sola.

ESCENA IV.

La CONDESA.

Si, le hablaré: la verdad
quiero indagar por mí propia.
El encuentro de las cartas...
¡Quién sabe! Tal vez se esconda...
Si en efecto han sido halladas
por casualidad dichosa,
como ese jóven me dice,
Dios le dé el bien que me torna
al volverlas generoso;
pues aunque no mias, todas
las apariencias me acusan,
menoscabando mi honra.

Esos papeles, en donde
mi firma y timbre se nota,
á la difunta condesa
pertenecen: son su historia.
¡Historia bien desdichada!...
¡Víctima fué entre congojas
de su insensato extravío!
Dios, que benigno perdona,
perdonado haya su falta...
¡Oh! sobre la fria losa
de su sepulcro juré
que esas tan infamatorias
pruebas de su honor y el mio,
pues á las dos nos abona
el mismo título y nombre,
sin descanso ni demora
buscaria. ¡Al fin las hallo!...
Para acabar mi digna obra
réstame saber quién fué
su seductor, y si aun goza
del aura vital el fruto
de aquella su pasion loca.
Confianza: tal vez se cumplan
mis promesas.—Vamos ahora
á saludar esas gentes
que en mis salones se entonan.
¡Eh! pongamos el semblante
risueño para oir lisonjas,
pues si verdades no encierran,
mentiras dulces no enojan.

ESCENA V.

CONDESA, JULIA, el CONDE, D. PASCUAL.

CONDE. Salud, Condesa.
COND. ¡Oh, señor
Conde! ¡Julia! ¡Don Pascual!
Tengo un placer sin igual...
PASC. No lo es el nuestro menor.
Ofrezco á usted mis respetos,
Condesa, como es debido:

la esquela que he recibido
nos honra mucho.

COND. Sujetos
como usted, con su amistad
honran siempre. Juzgo asi,
y al mirarlos hoy aqui
miro honrada mi humildad.

PASC. Gracias por tantos favores.

COND. Pero tomemos asientos
y á un lado los cumplimientos.
Conque sentarse, señores.

(La Condesa y Julia se sientan á la izquierda y figuran que hablan. El Conde y D. Pascual conversan á la derecha.)

PASC. Esta mujer me interesa
cada vez mas.

CONDE. Es amable.

PASC. ¡Tiene un talento!...

CONDE. ¡Admirable!

PASC. Ya há tiempo que la Condesa...
Con todo mi corazon,
se lo digo á usted formal,
empleaba mi capital
en esta especulacion.

(Siguen hablando.)

COND. ¿Cómo asi tan abatida
la hermosa flor de las flores?

JULIA. ¡La suerte con sus rigores
me oprime!

COND. Julia querida,
por esas quejas preveo
que su amor no corresponde
al señor Conde.

JULIA. (Admirada.) ¡Qué Conde!
Señora, saber deseo...

COND. ¿Pues no casa usted con él?

JULIA. ¿Con quién?

COND. Con el Conde.

JULIA. (Mas admirada.) ¡Yo!

COND. El Conde del Fresno.

JULIA. ¡No!

COND. (¡Calle! esto es otra Babel.)

Pues, hija, corren rumores
que ya su mano ha pedido,
y que otorgada le ha sido.

JULIA. ¡Jesus!... ¡noticias atroces!
Es cierto que á casa vá
el buen Conde con frecuencia,
mas, Condesa, en conferencia
pasa el tiempo con papá.

COND. Y usted...

JULIA. Solo sé en justicia
que hoy papá me dijo aparte:
—«Mañana tengo que darte
una plausible noticia.»
Cuál pueda ser no imagino;
pero por buena que sea,
no será como desea
mi corazon.

COND. (Sonriéndoss.) La adivino.

JULIA. Quiso calmar mi tristeza
con el baile; mas la calma
no es fácil que encuentre el alma.

COND. (Cariñosamente.)
¡Oh! Confianza y franqueza.
(Continúan hablando bajo.)

CONDE. Pues si, señor, con tal tino
supe al jóven embaucar,
que admitirá á no dudar
tan excelente destino.

PASC. Mucho en verdad tranquiliza
á mi espíritu esa nueva;
de un cuidado me releva,
Conde, que me martiriza.

CONDE. Pues le tendremos ausente,
y en la Habana.

PASC. ¡Con Dios vaya!
Asi pondremos á raya
su atrevimiento.

CONDE. Es corriente.
Y al cabo, ¿qué vá á perder?

PASC. ¡Se le fija un bien estar!

CONDE. ¿Qué mas puede desear?

PASC. ¡Mas por él no puedo hacer!

(Siguen hablando.)

COND. ¡Enrique de Hurtado! (Con sorpresa.)

JULIA. Si.
¿Qué vé en ello que le asombre?
¿Le conoce usted?

COND. (Sencillamente.) De nombre.—
Silencio, vienen aqui.
(Al ver al Conde y á D. Pascual que se aproximan.)
¿Y qué nos cuentan de bueno
estos señores?... Los miro
que en silencioso retiro...

CONDE. Condesa, en nuestro terreno (Con adulacion.)
dábamos gratas albricias
á sus bondades.

COND. (Sonriéndose.) ¡Señores!...

CONDE. ¡Oh! ¡estarán deslumbradores,
hechos un mar de delicias
los salones!... El buen gusto
respirará palpitante,
lo mas selecto y brillante
de la poblacion.

PASC. ¡Oh! justo.

CONDE. Esto me recuerda ahora
el lujo y magnificencia
de los bailes que en Valencia
dió tambien su antecesora.

COND. (Con marcada intencion.)
¡Ah! es cierto, tengo entendido
que la condesa produjo
por su esplendor y su lujo
en Valencia mucho ruido.

CONDE. ¡Aun mas de lo que parece! (Con malicia.)

COND. (¡Qué sospecha! ¿Si en la trama
será el Conde?...)

CONDE. Pero en fama
usted no la desmerece.

COND. ¡Oh! gracias.

CONDE. Justicia, á fé.

COND. ¿La trató usted, por fortuna,
con intimidad? (Siempre con intencion.)

CONDE. (Afectadamente.) Alguna.

COND. (¡Él debe ser! Yo sabré...)

CONDE. ¡Ay, Condesa!... (Como suspirando.)
COND. ¡En la memoria
conserva usted muy presente
aquel tiempo!
CONDE. Es evidente.
Me recuerda cierta historia...
¡Parece que ha sido ayer,
y ya han pasado veinte años!
Condesa, hay lances extraños
en la vida... Mas, ¿qué hacer?
La suprema autoridad
del mundo todo lo mide,
y á su capricho decide
de nosotros.
COND. Es verdad.
(¡Oh! las cartas...)
CONDE. Yo me hallaba
en tal época al servicio
de las armas.
PASC. ¡Ejercicio
muy digno!
CONDE. No me sentaba.
PASC. ¡Ah! ya.
CONDE. Licencia pedí,
y abandoné la milicia.
PASC. Tambien yo tengo noticia
de esos bailes. (A la Condesa.)
COND. ¡Hola!
PASC. Si.
Mi hermano, que ya murió,
oficial de un regimiento,
pasó á Valencia de asiento,
y casi en todos se halló.
COND. Señores, sus expresiones
me causan placer sin tasa,
pues con mi título y casa
tienen viejas relaciones.
Y, apreciando su adhesion,
soy ahora de parecer
vayamos á recorrer
los encantos del salon. (Se levantan.)
PASC. Con mucho gusto.

CONDE. Al instante.
COND. ¡Pero qué meditabunda
está Julia!... ¿Tan profunda
tristeza en ese semblante? (Jovialmente.)
JULIA. No es nada. (Procurando sonreir.)
COND. ¡Vaya, alegria!...
Ay, amigo don Pascual,
esta niña...
PASC. (Disculpándola.) Es natural
suyo la melancolia.
COND. ¿De veras?
JULIA. (Disimulando.) Si... (¡Oh! la Condesa
se sorprendió cuando á Enrique
nombré: no sé cómo explique
aquella extraña sorpresa.)
(Mientras este aparte de Julia, D. Pascual suplicará á la Condesa que la anime.)
COND. Se animará. (Sonriendo.)
CONDE. Es de esperar
que esta noche en la reunion
encontrará distraccion;
si no nos dará un pesar.
JULIA. (Risueña.) No es para tantos temores.
COND. ¡Venceremos! (Bajo á D. Pascual.)
PASC. (Idem al Conde.) ¡Si, mi imperio!
JULIA. (Mirando á la Condesa.)
(¡Enrique! sabré el misterio...)
COND. (¡Las cartas!) Vamos, señores.
(Al decir la Condesa su aparte, mira al Conde: dá luego su brazo á Julia, y desaparecen los cuatro por la izquierda. Á poco salen por la derecha Enrique y Cárlos.)

ESCENA VI.

ENRIQUE, CÁRLOS.

CARL. ¡Uf!... chico, excelente cosa
debe de ser la funcion.
¡Qué lujo! ¡qué ostentacion!...
Aquí no há lugar la prosa.
Si, tan solo poesia

se respira en este ambiente,
donde inspirada la mente
con gran placer se extasía.

ENR. Es verdad, esto es hermoso; (Con ironia.)
mas tal oropel esconde
un fondo... ¡como el del Conde!

CARL. Ya por ahí dentro hará el oso.
(Se oye la música del salon.)
En fin, chico, deja ahora
tan triste cavilacion,
y entrégate á la ilusion
que en estas regiones mora.
Yo confieso mi pecado:
conozco el mal como tú;
mas lléveme Belcebú
si en coche he de ser llevado.
Mis dolores comprimidos
se amortiguan al momento,
cuando suelto el pensamiento
por mundos desconocidos.
La realidad terrenal
lo que he menester me quita,
y mi afan se precipita
á buscarlo en lo ideal.
Sueño, y en mis sueños toco
lo que el corazon ansía;
y con tal filosofía
el mundo para mí es poco.
Y pues soñar es vivir,
como dijo cierto autor,
ya que despierto hay dolor
gocemos en el dormir.

ENR. ¡Dichoso tú!

CARL. Si por cierto.
Alza, y sal de esa tristeza...
Me fascina esta grandeza, (Ojeando la escena.)
¡y estoy soñando despierto!
Dí, ¿no te dió en las narices
al entrar el grato olor
de este harem embriagador?
¡Oh, sueños!... ¡Sueños felices!
Al mirar este local,

se me figura que me hallo
del Cairo en el gran serrallo,
viviendo... asi... ¡á la oriental!
¡Y qué raras hermosuras
cruzaban las antesalas,
con sus prendidos y galas
y sus flexibles cinturas!
¡Qué rubias y qué morenas
con negros y azules ojos!...
¡Me dan de morir antojos
viendo unas cosas tan buenas!
Amor á todas declaro:
á todas ofrezco bodas.
Mi corazon es de todas!

ENR. ¿De todas?... (Sonriendo.)

CARL. Si, no reparo.
¿Á qué elecciones prolijas,
ni excepcionar?... No, señor.
Las doy por igual mi amor,
pues todas de Dios son hijas.

ENR. Harás que me ria... (Riendo.)

CARL. ¡Oh, gloria!
Rie y sal de humor tan negro.
Si con mis frases te alegro
es completa mi victoria.
Imítame: yo tambien
tengo recuerdos añejos...
pero los aparto lejos,
y los miro con desden.
Si, Enrique; todo el que adora
como yo, en pleno monton,
vé libre su corazon
de esa llama abrasadora.

ENR. Cárlos, tambien yo quisiera
encontrarme en tal momento
libre de este sentimiento
que el corazon me lacera.
Pero, por desgracia mia,
influye en mí su poder;
le siento en mi pecho arder
con imperiosa energia!
Tal vez cuando la verdad

apure del desengaño,
convencido ya del daño
desprecie mi ceguedad.
Quizá en tan fea traicion,
de mi amor arrepentido,
consiga ahogar el latido
de mi insensata pasion.
Pero en la duda terrible
con que en este instante lucho,
Carlos, mi alma sufre mucho;
sufre lo que no es decible.
Porque en una frase sola
voy á escuchar la sentencia,
donde mi pobre existencia
labra su dicha ó se inmola.
Si con labio mentiroso
un ángel mi amor profundo
burló, ya nada en el mundo
podrá parecerme hermoso.
Dudaré de la virtud,
mi fé por siempre perdida,
cruzando solo una vida
de recelo y de inquietud.
Si, Carlos; que la esperanza
como engaña y dá valor,
mañana otro nuevo amor
el alma á gozar se lanza.
Pero no goza, es mentira;
entonces recuerda triste
lo pasado, y se resiste
á creer cuanto oye y mira.
Que una vez, sin vacilar,
se ama con delirio santo;
y perdido ya ese encanto
se ama... solo por amar.
En esta verdad, cual yo
debes muy bien conocer
que no es solo una mujer
lo que el alma pierde, no.
Pierde el puro manantial
de sus ensueños de oro;
el envidiable tesoro

de su ilusion celestial.
Y al perder esas divinas
flores, que tanto embellecen,
todas sus dichas perecen
quedando no mas que espinas.
Comprende mi situacion,
y vé si con causa temo
ese momento supremo
que aguarda mi corazon.
(Cesa la música.)

CARL. Lo comprendo por demás:
pero ten pecho y alienta,
porque al rugir la tormenta
viene la calma detrás.
Y esa misteriosa calma
dó juzga desdichas ver,
á veces viene á traer
la hermosa salud del alma.
Si tal, pues tras un violento
desengaño, de raiz
suele caer el barniz
que embota el entendimiento.
y dándole el parabien,
vé entonces claro y real
que el bien pasado era un mal
y el mal venidero un bien.
(Aparece en el foro izquierda Serafin, observando con los lentes. Algunos lacayos cruzan el foro, llevando dulces y refrescos en bandejas. Poco despues atraviesa de derecha á izquierda Anselmo.)

ESCENA VII.

ENRIQUE, CARLOS, SERAFIN.

SERAFIN. (Pues, señor, por mas que busco...
Nada: tampoco está aqui.—
¡Hola! dos bultos distingo.) (Bajando.)

CARL. (¿Quién será este figurin (Á Enrique.)
que nos mira é inspecciona
lo mismo que un alguacil?)

SERAFIN. (Examinándoles atentamente.)

(Dos bultos son ciertamente;
mas desde lejos creí
lo fueran del bello sexo,
no del sexo varonil.)
Caballeros... (Saludando.)

CARL. (Id.) Á la órden.

SERAFIN. Gracias... ¡Já!... ¡já!...
(Mirando al foro izquierda y riendo.)

CARL. (Extrañado.) ¡Eh!

SERAFIN. ¡Jí... ¡jí!...

CARL. (¡Qué risueño es este pollo!)
¡Hola, hola!... Viento feliz
debe ser el que corre,
segun le vemos reir.

SERAFIN. Ps... tal cual, ¡una conquista!
Lanzo cada proyectil. .

CARL. Por eso, amigo, las damas (En tono burlon.)
no le pueden resistir.
El terror de los maridos
es usted, don...

SERAFIN. (Concluyendo la frase y riendo.) Serafin.
¿Me conoce usted?

CARL. ¡Oh, mucho!

SERAFIN. Pues yo no caigo...

CARL. (Hablándole al oido.) Hombre, ¡sí!

SERAFIN ¡Es verdad! (Con entusiasmo y riendo.)

CARL. ¿Recuerda usted?

SERAFIN. No es posible que ahora... En fin;
¡pero ello debe ser cierto!

CARL. Muy cierto. (¡Habrá zascandil!)

SERAFIN. ¡Oh! ya con tantas victorias
se confunde mi magin!
Es la verdad, que á las ninfas
que asesto mis tiros .. ¡pif!
Sucumben sin mas remedio.

CARL. (Lo menos un celemin
de bellotas este prójimo
se traga en ayunas.)

SERAFIN. (Satisfactoriamente.) Si:
lo afirmo.

CARL. (Á Enrique.) (¿Lo oyes? Afirma.)

SERAFIN. Gozo del sexo damil

las mas gratas deferencias!—
Hoy se presentó en la lid
otra hermosura.

CARL. ¿Quién?

SERAFIN. La hija
de don Pascual Vallarin.

ENR. ¡Julia!...

SERAFIN. ¡Calle! ¿la conoce?

ENR. De vista. (Disimulando.)

SERAFIN. ¡Niña gentil!...
¡Como el padre es otro Creso
le dá en dote un Potosí!—
El Conde del Fresno dicen
que es ahora su paladin,
y que pronto en los altares...

ENR. (¡Todo es cierto!... ¡suerte vil!)

SERAFIN. Es un dolor, porque al Conde
no es su amante frenesí
quien le impulsa á tal enlace.

ENR. ¡Cómo! ¿seria tan ruin?...

SERAFIN. Para él no hay ruindad que valga.
No tiene un maravedí
al presente en sus gabetas;
quiere de trampas salir,
y vé en esa niña...

CARL. Entiendo.
¡Especulacion sutil!

ENR. ¡Dignas hazañas del Conde!

SERAFIN. Mas lo que me pasma á mí,
es como Julia ha podido
al señor Conde elegir,
que por no tener, ni aun tiene
pelo, sino peluquin.

CARL. Ps, ¡caprichos!... don Pascual
querrá acaso introducir
un título en su familia...

SERAFIN. ¡Ah! cabal: ese es el *quid*.

CARL. ¡Hombre! famosa ocasion
en que puede usted lucir
sus dotes

SERAFIN. ¿Yo?

CARL. ¡Guerra al Conde

hasta desbancarle!

SERAFIN. (Con jactancia.) ¡Ps!...
cosa fácil me seria...

CARL. Usted es espadachin;
y en todo caso...

SERAFIN. (Haciendo que tira.) ¡Oh! le pincho
donde quiera.

CARL. En la nariz:
para que la gente vea
bien la señal.

ENR. (Á Cárlos.) (¡Cárlos!...)

CARL. (Á Enrique.) (¡Chit!...
Deja que los dos se maten:
tú ganas en ello al fin.)

SERAFIN. ¡Oh! ¡le tengo una ojeriza
al Conde!... ¡Dá en presumir
de conquistador!... Achaques
de la edad.

CARL. (Riendo.) ¡Já!... ¡já!...

SERAFIN. (Id.) ¡Ji!... ¡ji!...

ESCENA VIII.

La CONDESA, ENRIQUE, CÁRLOS, SERAFIN.

COND. Señores...

SERAFIN. Adios, Condesa.

COND. Pláceme mucho el oir
esas risas. Bien venidos.

ENR. Señora...

CARL. Soy muy feliz
saludando á la mas bella
de las flores del pensil.

COND. ¡Oh! gracias. (Sentándose.)

CARL. (Bajo á Serafin, tomándole el brazo.)
Esbelto Adonis,
vamos al salon.

SERAFIN. (Id. á Cárlos.) Si: allí...

CARL. Haremos que el Conde estalle
lo mismo que un polvorin!
Condesa, hasta luego...

SERAFIN. (Sonriendo con malicia.) Adios.

COND. Señores...
SERAFIN. (Mirando á Enrique.) (¡Ya la cogí!
La Condesa y ese prójimo...
Bien, ¡sublime!... ¡otro desliz!
CARL. El Conde... ¡Já, já!... (Á Serafin, marchando.)
SERAFIN. (Ridículamente.) ¡Jé, jé!...
CARL. (Lo dicho: don Serafin
es el mayor alcornoque
que en toda mi vida ví!)

ESCENA IX.

La CONDESA, ENRIQUE.

COND. Tome usté asiento. (¡Buen porte!
Mirada expresiva y pura:
hay cierta nobleza... ¡Vamos,
no tuvo mal gusto Julia!)
Gracias por la exactitud...
ENR. Condesa, yo soy en suma
quien debo dar á usted gracias
por la elevada ventura
de frecuentar sus salones.
COND. Tengo un placer, y á honra mucha
que usted visite mi casa.
La gratitud es muy justa;
y aunque jamás le he tratado,
hoy su apreciable conducta
me ha descubierto en usted
un jóven, donde se adunan
los mas bellos sentimientos
que Dios en las almas funda.
ENR. Usted me honra demasiado:
esa accion que tanto encumbra
es muy natural, Condesa.
Yo juzgo cosa segura
que cualquiera en mi lugar
lo mismo haria.
COND. Mal juzga.
Unos por galanteria
hubieran dado á la furia
de las llamas la cartera:

los otros, y aqui figuran
en número mas crecido,
la hubieran dado á luz pública;
si, tan solo por el gusto
de escarnecer, de hacer burla,
y de matar para siempre
la honra con lenguas impuras.

ENR. Pero esas lenguas, señora,
que tales infamias usan,
se arrancan. (Se oye la música.)

COND. De poco sirve
luego que el mal inoculan.

ENR. Mas...

COND. Ahora bien: la cartera,
que por extraña fortuna
hoy vino á dar en mis manos,
guarda una historia profunda
que en nada me pertenece.

ENR. ¡Oh! tal vez una calumnia ..

COND. Tampoco: ese es mi secreto.
No obstante, como me culpan
las apariencias, yo debo
borrar sospechas absurdas;
y pláceme mucho el ver,
que por la digna accion suya,
tengo en mi poder las cartas
que falsamente me acusan.
Pedí á usted esta entrevista,
abusando...

ENR. Usted no abusa:
yo honrado me juzgo en ello.

COND. Para calmar una duda,
le exijo que ingénuamente
me responda á una pregunta.

ENR. ¡Oh! (Afirmando.)

COND. No ofenderse si acaso
mi interrogacion le punza.

ENR. Diga usted.

COND. Bien. Esas cartas
fueron halladas por una
extraña casualidad,
ó alguna persona oculta

se las legó en otro tiempo,
y usted mirando oportuna
esta ocasion las entrega,
por no exponerme á las duras
y torpes murmuraciones
de gentes necias y estúpidas?

ENR. Condesa, por lo mas santo
que existe, mi alma la jura
que ayer encontré esas cartas
en la Alameda.

COND. ¡Oh! ninguna
precision hay de jurarlo;
fio en la palabra suya.
Doy á usted gracias de nuevo;
pues aunque tache de insulsa
y rara esta explicacion
que pedí con tal premura,
yo, para gobierno mio,
y para emprender mi ruta,
necesitaba escuchar
lo que usted mismo asegura.

ENR. ¡Oh! respeto sus arcanos:
mas mi alma se congratula
al ver que por un azar,
y segun usted me anuncia,
presté un servicio importante.

COND. Cierto: ¡de importancia suma
para mí!... Reconocida
quedo al favor, sin excusas.
(¡Ah, señor Conde! ¡Veremos
si es usté el de la aventura!)
—Ahora hablemos de otra cosa.

ENR. Tengo un placer.

COND. (Se aman Julia
y este jóven: procuremos...)

ENR. (¡Quizá ya en la alegre bulla
del salon, Julia y el Conde!...)

COND. ¿Qué tiene usted?... Veo mustia
su mirada, y la impaciencia
en su rostro se dibuja.

ENR. (Algo turbado.)
No sé .. Condesa, no es nada.

COND. Aunque parezca importuna
mi observacion, el deseo
que me anima me disculpa.
Siento ver un buen amigo
que dignamente tributa
á la virtud y honra culto,
preso de triste amargura.

ENR. No, si yo...

COND. Franca amistad
le brindé: si conceptúa
que útil puedo serle en algo,
mal hace si disimula.

ENR. ¡Condesa, es usted muy buena!
Mas lo que á mi alma tortura...

COND. ¿Luego acerté? Ese suspiro...

ENR. (¡Ah! Con su bondad me turba,
y no sé qué responder.)

COND. Vaya: acerté, y sin ser bruja. (Risueña.)
Tal vez sufre los desdenes
de alguna ingrata hermosura...

ENR. Condesa, si: fuera en vano (Con decision.)
querer ocultar la aguda
pasion que el alma emponzoña.
Veo en usted tal dulzura,
tanta bondad, que mi lengua
confesarlo no rehusa.
¡Oh! si, señora, padezco:
amo con ciega locura,
cuanto es dado amar á un alma,
mas sin esperanza alguna.
Solo, pobre y desvalido,
devoro el mal que me abruma.

COND. Quizá usted, amigo Enrique,
en su ardiente calentura,
vá mas allá de lo cierto
y vé las cosas mas turbias
que ellas son en realidad.

ENR. ¡Ah!

COND. ¿Quién sabe si esa lucha
que usted sostiene abatido
hierve tambien iracunda
en el pecho de la dama

que usted sin razon injuria?
¿Quién sabe si ella obediente
á la paterna coyunda,
no puede como quisiera
deshacer sus ligaduras
para salvar la distancia
que sus ilusiones trunca?

ENR. ¿Usted sabe?... (Con interés.)

COND. (Cambiando de tono.) Reflexiones:
son no mas que conjeturas...
y al defender á mi sexo
consuelo á usted en su angustia.

ENR. ¡Oh! gracias: pero creí
que al hacerme tal pintura...
Tiene cierto parecido...

COND. ¡Gran Dios! ¿si seré una astuta (Sonriendo.)
hechicera, sin saberlo,
que los arcanos descubra?

ENR. Condesa, mi anhelo mismo ..

COND. Bien, valor: á fuer de viuda
y de amiga agradecida,
le aconsejo á usted que nunca
abandone la esperanza,
pues en los mares que cruza
revueltos, donde las olas
unas con otras se empujan
y con furor amenazan,
siempre la esperanza es brújula
que guia al seguro puerto
y al corazon presta ayuda.

ENR. ¡Esperanzas!...

COND. Por mi parte,
aunque tal vez poco influya,
le ofrezco á usted proteccion
en cuanto pueda.

ENR. ¡Oh ventura!
¡Condesa, es usted un ángel!
(Enrique le besa la mano respetuosamente á tiempo que asoma Julia por el foro izquierda y se detiene.)

JULIA. (¡Ah!) (Escondida.)

COND. (Levantándose y sonriendo.)

Sin que tanto presuma,
estimo el favor. (Marchemos
á mi gabinete en busca
de las cartas; y si el Conde...)
Ahora dejo á usted: algunas
atenciones me reclaman,
y es necesario que cumpla.

ENR. Por mi...

COND. Hasta luego.

ENR. Condesa,
mi corazon la saluda.

COND. (¡Es un jóven excelente!)
(Váse por la puerta izquierda.)

ENR. (¡Me encanta su bondad suma!)
(La música ha cesado.)

ESCENA X.

JULIA, en el foro, ENRIQUE.

ENR. (Despues de una leve pausa.)
En fin, vamos al salon.
La copa apuraré allí
gota á gota.)

JULIA. (¡Corazon,
tus sospechas ciertas son!...
¡Engañar mi amor así!) (Bajando.)

ENR. (¡Ella!) (Viéndola al volverse.)

JULIA. (Turbada.) La Condesa...

ENR. Acaba
de marchar.

JULIA. (Retirándose.) En ese caso...

ENR. La suplico á usted que el paso
detenga: hablarla deseaba,
y me protege el acaso.

JULIA. Mi padre... (Con impaciencia.)

ENR. La explicacion
juro que será concisa.

JULIA. Sí, pero... (Con cierto enojo.)

ENR. (Con ironía.) ¡No tanta prisa!

JULIA. No sé si debo en razon ..

ENR. ¿Darme respuesta? Es precisa.

JULIA. ¡Caballero! (Ofendida.)
ENR. De su boca
quiero la verdad saber;
y si su alma no es de roca,
al ansia que me sofoca
creo habrá de responder.—
¿Es cierto el rumor que oí
de que el Conde?...
JULIA. (¡Alma, serena!)
¿Me pide usted cuenta á mí?
ENR. Contestacion...
JULIA. (Haciendo por sonreir.) Pues bien, si.
(¡Que no se goce en mi pena!)
ENR. (¡Dios mio! ¡Ciega una nube
mi vista, mi sien golpea,
fuego por mis venas sube!—
¡Que en un rostro de querube
se oculte un alma tan fea!)
JULIA. (¡Ah, Condesa!)
ENR. ¡Á la verdad,
Julia, que excita mi pasmo
tan inícua falsedad!
¡Pronto trocó en frialdad
su apasionado entusiasmo!
¡Pronto la esbelta palmera
que alzó mi ferviente amor
con ilusion verdadera,
pronto hizo usted que cayera
de su fé al soplo traidor!
JULIA. ¡Y aun se atreve á hablar asi!...
Cúlpese usted, á mí no.
ENR. Mia es la culpa... si, si:
(Con amarga ironia)
yo nunca aspirar debí
á quien no era como yo.
JULIA. ¡Cierto! (Con marcada intencion.)
ENR. Debí conocer
cuando su pasion juraba,
que usted de chanza me hablaba.
¡Yo amarla! ¡yo pretender
su mano!... ¡Locura brava!—
Pero usted, ¿á qué alentar

mis dorados pensamientos?
¡Por qué constancia jurar,
si habia al fin de olvidar
su amor y sus juramentos!
Por qué incitarme á creer
de un celo el encanto sumo,
si con menguado placer
le iba usted á deshacer
cual leve ráfaga de humo!

JULIA. ¡Enrique!

ENR. Su digno intento
fácilmente alcanzo ahora:
quiso reir con un cuento,
y por entretenimiento
eligió mi amor, señora.
Fingiendo pasion ardiente
solo asi... por diversion,
logró al fin rasgar mi mente,
y hacerme... ¡juego inocente!
pedazos el corazon.

JULIA. ¡Basta, Enrique! usted provoca
y ofende el decoro mio;
mas sé lo que hacer me toca.
(En ademan de irse.)

ENR. ¡Ah, Julia! mi razon loca...
(Dominándose.)
Perdone mi desvario.
Á pesar de tal injuria
siempre su imágen amada
aqui llevaré grabada!
Solo en mi celosa furia
el señor Conde...

JULIA. (Asustada.) ¿Qué?

ENR. (Desentendiéndose.) Nada.

(Aparecen por el foro izquierda el Conde, D. Pascual y Serafin. Este viene hablando misteriosamente.)

ESCENA XI.

JULIA, ENRIQUE, el CONDE, D. PASCUAL, SERAFIN, á poco CARLOS, despues la CONDESA.

SERAFIN. La Condesa y él... ¡Qué lance!
en este sitio...
PASC. No creo..
JULIA. (¡Mi padre!)
PASC. (Bajando.) ¡Mi hija!
CONDE. ¡Qué veo!
SERAFIN. (¡Pues este es otro percance!)
PASC. ¡Qué es esto, Julia!... Responde
(Sale Cárlos y se coloca al lado de Enrique.)
JULIA. Señor... (Confusa.)
PASC. (Á Enrique.) Y usté en mi desdoro ..
aun se atreve!...
ENR. (Con dignidad.) Yo la adoro.
CONDE. ¡Qué audacia!
ENR. Se engaña, Conde.
Si juzga mal mi pasion
porque un título no ostento,
nobleza de sobra siento
dentro de mi corazon.
Y comprenda en trance tal,
que el amor que el alma aduna,
sin medir clases ni cuna
brota en todos por igual.
¿Le llama á mi amor audacia?
Mas audacia es, á mi ver,
llegar mi fé á sorprender
con indigna diplomacia.
CONDE. ¡Mis títulos!... (Con énfasis.)
ENR. ¡Voto á brios!
los dá el mundo.
CONDE. ¡Ya no hay calma! ..
ENR. Mas la nobleza del alma
¡le dá el aliento de Dios!
CONDE. Esas frases... (Con indignacion.)
ENR. ¡Las sostengo!

CARL. (¡Prudencia aqui!) (Bajo á Enrique.)
JULIA. (Con temor.) (¡Vá á perderse!)
PASC. ¡De tal manera atreverse!
CONDE. ¡No respetar mi abolengo!...
Pero me rio altamente
de una loca extravagancia,
que hay mucha, mucha distancia
desde un Conde á un escribiente.
CARL. (¡Enrique!...) (Conteniéndole.)
JULIA. (Suplicándole.) (¡Padre!...)
PASC. (Con sequedad.) ¡Silencio!
(En este instante aparece la Condesa por la puerta izquierda, y queda escuchando detrás del tapiz.)
CONDE. ¿Quién le trajo á usted aqui?
ENR. ¿Importa mucho? (Con ironia.)
CONDE. Si.
ENR. ¿Si?
Pues á callar me sentencio.
Sufro y callo resignado,
porque sufrir me es preciso,
respeto el lugar que piso,
lugar para mí sagrado.
CARL. (¡Muy bien!) (Á Enrique.)
CONDE. ¡Un intruso!
ENR. (Con ira, y Cárlos le contiene.) ¡Oh!
PASC. Márchese, y no me exasperc.
Nadie en el baile se entere...
SERAFIN. (¡Ya es fácil estando yo!)
PASC. ¡Salga usted!
CONDE. Si no le agrada,
¡le arrojarán los criados!
COND. (Saliendo jovialmente.)
¿Cómo aqui tan retirados?
¿Acaso Julia?...
PASC. (Disimulando.) No, nada.
CONDE. Hay quien tiene pretensiones
¡tan altas!... ¡Un atrevido!
COND. Presento á mi protegido, (Por Enrique.)
digno de honrar mis salones.
CONDE y PASC. ¡Ah! (Mirándose atónitos.)
ENR. (Á la Condesa.) (¡Gracias!)
CARL. (Con satisfaccion.) (Bien: ¡golpes recios!)

JULIA. (¡Se aman, si!)
SERAFIN. (¡La cosa es cierta!)
CARL. (¡Já, já!... con la boca abierta
quedaron. ¡Duro en los necios!)
PASC. (Disimulemos, que al fin...) (Al Conde.)
COND. Pero aqui estamos muy mal. (Con coqueteria.)
Julia, Conde, don Pascual,
don Cárlos, don Serafin,
al salon. ¡Allí hay mas vida!
(Ap. y rápidamente al Conde, mostrándole la cartera.)
¿Conoce usted?...
CONDE. (Mirándola y á media voz.) ¡Ah! si: es...
COND. ¡Silencio!
CONDE. ¡Cómo!
COND. Despues... (Se oye la música.)
Ya la orquesta nos convida.
(Hablaremos: ¡no hay que fiar (Á D. Pascual.)
del Conde!)
PASC. (Asombrado.) (¿No?)
JULIA. (Mirando á Enrique.) (¡Odio al ingrato!)
ENR. (Cárlos, ¡mañana le mato!) (Á Cárlos.)
CONDE. ¿Conque á bailar? (Sonriendo.)
TODOS. Á bailar.
(La Condesa se apoya en el brazo de Enrique y echan á andar. El Conde ofrece el suyo á Julia; pero D. Pascual se interpone naturalmente y se la lleva: aquel hace un gesto de disgusto y vá á ocupar el otro costado. Cárlos y Serafin los siguen riendo. Todo este juego ha de ser muy rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala elegante: puerta al foro, y otras dos laterales, con colgaduras. Alfombra, butacas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

D. PASCUAL, MARCOS, entrando.

PASC. ¿Has visto á Enrique?
MARCOS. No está.
Pero es lo mismo; porque
el recado allí dejé,
y en cuanto vaya vendrá.
PASC. Está bien.—¿No ha parecido
nadie á traer?...
MARCOS. Ni alma humana.
PASC. (La cartera... ¡Empresa vana!
para siempre la he perdido.)
Cuando Enrique...
MARCOS. ¡Ya! Cabal:
seré el vigia que cela,
y apenas descubra vela
daré oportuna señal.
PASC. Tú te vas á volver loco. (Examinándole.)
MARCOS. No, señor.
PASC. Si asi te adiestras
puede ser; y por las muestras

creo que te falta poco.

MARCOS. ¡Veremos!... quizá algun dia
logré yo si me resuelvo...

PASC. Vamos, anda.

MARCOS. Voy, y vuelvo:
soy como una escampavia.

(Se vá precipitadamente por el foro derecha.)

ESCENA II.

D. PASCUAL.

Pobre chico: ¡qué aficion!...
Mas yo los prefiero asi;
que aunque tengan poco aqui,
(Indicando la frente.)
cumplan con su obligacion.
No como Enrique: benigno
le entré en mi casa. . ¡Fuí un necio!
y la joya de mas precio
trató de quitarme indigno.—
Astuto y con esperanza
en su ambicion insolente,
trastornó á mi hija inocente
burlando mi confianza.
Es claro... él dijo ufano:
«Volvámosla de amor loca,
que luego á costa muy poca
llevaré su dote y mano.»
¡La erró!... Le hablaré: tal juego
ya es forzoso que hoy acabe;
y pues él bien no lo sabe,
le haré entender su error ciego.
Y le hablaré, y... sé que á malas
no cederá, que en sus venas...
En fin, á malas ó á buenas
veré de encoger sus alas.—
Luego es fuerza que yo ahonde
tambien, por si hay atropello,
el caos de anoche... aquello
de no hay que fiar del Conde.»
Por mas que mi afan calcula...

(Aparece Julia en la puerta izquierda, con abatimiento.)

ESCENA III.

JULIA, D. PASCUAL.

JULIA. Buenos dias.
PASC. (Tomándola la mano.) Oh, ¡querida!
muy buenos. (¡Siempre abatida!)
¿La noche?...
JULIA. (Procurando sonreir.) Bien.
PASC. (Disimula.—
Vayamos con precaucion...)
Hoy un empeño me obliga,
y es preciso que te diga
cosas que estan en razon.
Sentémonos.
JULIA. Bien está. (Se sientan.)
PASC. Cuidado en lo que hablo ten,
pues tan solo por tu bien
digo y hago.
JULIA. (Con dulzura.) Si, papá.
PASC. Exijo que me respondas
con la franqueza que yo
voy á hablarte.
JULIA. Señor...
PASC. No
tus pensamientos me escondas.
JULIA. Á su mandato obediente...
PASC. No siempre... Tú te rebelas,
y burlastes mis cautelas
mas de una vez imprudente.
¡Bah!... pero no vengo aqui
para regañar contigo:
solo, como un buen amigo,
confianza exijo de tí.
No es gran cosa á la verdad
que tal condicion exija
el padre que para su hija
busca la felicidad.
¿Enrique?...
JULIA. Ya entre los dos
todo concluyó. (¡Ay de mí!)
Anoche con él rompí

para siempre.

PASC. (Abrazándola.) Bien, por Dios:
¡hija, vales un Perú!

JULIA. Confieso que le amó el alma;
que me hizo perder la calma
con sus frases...

PASC. ¡Belcebú!

JULIA. Pero al mirar su traicion
le aborrezco.

PASC. Ese es mi gusto.

JULIA. ¡Desprecio y olvido!

PASC. Justo.
¡Bien haya tu decision!
Veo al fin te hicieron mella
y que vuelves por tí misma.
¡Oh! ¡mirabas por un prisma
falso!... Ahora vida mas bella
gozarás, á no dudar,
libre de ese aturdimiento
que tu incauto pensamiento
contristaba sin cesar.

JULIA. Tranquila estaré. (Sonriéndose.)

PASC. Muy bien:
para olvidar los agravios,
juegue la risa en tus labios
con apacible desden.

JULIA. (Llevándose la mano al corazon.)
(¡Yo dominaré esta lucha!)

PASC. Ayer te anuncié, hija mia,
que una noticia debia
darte hoy.

JULIA. Cierto.

PASC. Pues escucha.—
Á tus encantos rendido
el Conde del Fresno, ufano
ayer me pidió tu mano.
¡Ya vés que es un gran partido!
Él te adora con pasion
y tiene caudal bastante:
luego, ¡un título!...

JULIA. (Con cierta coqueteria.) ¡Brillante
y loable proposicion!

PASC. Por si yo mañana muero,
lo que es muy fácil suceda,
antes que ocurrir tal pueda
bien casada verte quiero.
El Conde no es ningun niño,
pero tampoco es un viejo;
hombre formal, de consejo...
¡Te hará feliz su cariño!
Si, mi voto se interesa
por él; á mi parecer
debes aceptar, y ser
rica, feliz y condesa.
Mas respeto tu opinion
y á acatarla estoy dispuesto.
Tú verás lo que contesto
á su amante peticion.

JULIA. ¡Yo estimo tanta merced!...

PASC. Sin ambajes... (¿Qué dirá?)

JULIA. Lo que usted quiera, papá. (Con humildad.)

PASC. Eso es decir...

JULIA. Lo que usted.
Á su opinion me someto,
pues es fuerza que ella elija
mi felicidad.

PASC. (Satisfactoriamente.) Bien, hija:
asi, ¡confianza y respeto!—
Descuida: queda á mi cargo...

JULIA. (¡Que Enrique feliz me vea
y sufra en mis dichas!)

PASC. (Ea,
salimos del trance amargo.)
(Aparece el Conde por el foro derecha.)

ESCENA IV.

JULIA, el CONDE, D. PASCUAL.

CONDE. Estoy á la órden de ustedes.

PASC. ¡Oh, señor Cande!...

CONDE. (Á Julia.) Me inclino
ante la flor mas hermosa
del gaditano recinto.

JULIA. Lisonjero esta mañana

viene el Conde.

CONDE. No permito
califique de lisonja
lo que es justicia.

JULIA. Yo estimo
tan cumplida deferencia.

CONDE. Siempre lo que siento digo.—
¿Y qué tal?... ¿se ha descansado
del baile?

JULIA. En sueño tranquilo
pasé la noche.

CONDE. Bien: ¡pláceme!
Era de esperar, preciso.
Aunque me hizo usted temer
por su salud al principio.

JULIA. ¿De veras? (Sonriendo.)

CONDE. Si: algun ataque
nervioso temí ó validos...

JULIA. (¡Poco faltó!)

CONDE. Ya se vé:
despues del lance ridículo
que ocurrió con aquel jóven,
la dió á usted tan de improviso
un afan por bailar todo,
que rayaba en lo excesivo.

JULIA. (Es verdad; porque el ingrato
no gozara en mi martirio.)
¡Pobre Conde!... fué usted víctima
de mis ligeros caprichos;
abusé de su indulgencia,
dejándole al fin rendido.

CONDE. ¡Oh! nada de eso... al contrario,
tuve un placer infinito
de ser en todos los bailes
por su bondad preferido.

PASC. (Ap. al Conde.)
Señor Conde, hemos ganado
un ciento por ciento.

CONDE. (Id. á D. Pascual) Opino
lo propio.

PASC. (Id.) Despacio tengo
que hablarle.

CONDE. (Id.) Yo á usted lo mismo.
(Le diré que la cartera...
y el duelo...)
PASC. (Á ver si con tino...)
Julia, te dejamos sola.
JULIA. ¿Se marcha usted?
PASC. Me retiro
con el Conde á mi despacho.
JULIA. Hasta despues.
CONDE. (Saludando.) Con permiso...
JULIA. Adios, señor Conde.
PASC. Vamos.
(D. Pascual toma afectuosamente el brazo derecho del Conde para apoyarle en el suyo.)
CONDE. ¡Ay! (Soltándose.)
PASC. ¿Qué ocurrió?
CONDE. Un dolorcillo.
PASC. ¿Está malo el brazo?
CONDE. Un poco.
PASC. Si tal hubiera sabido...
CONDE. No fué cosa.
PASC. Pues cuidarse.
(Se van por el foro izquierda. Julia habrá quedado pensativa.)

ESCENA V.

JULIA.

¿Qué pasa por mí?... ¡Dios mio!
quiero engañarme á mí misma
y aumento mas mi conflicto.
No hay duda, van á tratar
de mi boda... ¡Qué suplicio!
Y á nadie culparle puedo,
pues yo misma he consentido:
yo misma, loca, inducida
por represalias... ¡Delirio!...
en vano mi afan pretende
fingir; ¡morirá conmigo
la pasion que el alma abrasa
y trastorna mis sentidos!

¡Quien ama bien, no es posible
que dé su amor al olvido!—
Mas ¿qué es lo que estoy diciendo?...
¿Dónde fueron mis designios?...
¿Por qué tiemblas, corazon?...
¡Calma, y ahoga tus latidos!
¿El juramento no hiciste
de olvidar al hombre indigno
que rasgó tus ilusiones?
¡Juraste, y hay que cumplirlo!
Si sucumbes en la lucha
como la flor en estio
ó á impulsos del huracan,
al menos habrás tenido
el placer de que tus lágrimas
correr no vea el impio.

(Asoman al foro derecha Cárlos y Marcos.)

MARCOS. Aqui puede usté esperar.
CARL. Pasa el recado.
MARCOS. Voy listo.

(Se vá por el foro izquierda.)

ESCENA VI.

JULIA, CÁRLOS.

CARL. (Bajando.)
¡Julia!... ¡qué feliz encuentro!
JULIA. ¡Don Cárlos!... ¿Cómo lo miro
en esta casa?
CARL. ¿Le extraña
el mirarme en este sitio?
Pues vengo de embajador.
JULIA. ¡Cómo!
CARL. Ni pongo ni quito:
asi como suena. Vengo
representando á mi amigo.
JULIA. ¿Á Enrique?
CARL. Cabal. Su padre
de usted le ha pasado aviso,
pues quiere con él hablar.
JULIA. No entiendo...

CARL. Ya está vecino
el desenlace. ¡Yo, Julia,
para estos lances me pinto!
Enrique no tiene aplomo...
y ahora está loco, sin juicio,
y dispuesto á cometer
un millon de desatinos.—
¡Vá usté á dar con él en tierra.

JULIA. ¿Yo?... (Riéndose.)

CARL. ¿Se rie usted?

JULIA. Me rio.
Otra dama será causa...

CARL. ¿Tenemos celos?... ¡Magnífico!

JULIA. ¿Yo celos?... ¡Qué disparate!

CARL. (Sacando una carta.)
Por de pronto la suplico
que admita esta carta.

JULIA. ¡Cómo!

CARL. Con la mano, es muy sencillo.—
No ofenderse; mi franqueza...

JULIA. (Dudosa y mirando la carta.)
No sé si debo...

CARL. (De fijo
la admite. ¡Son tan curiosas
las hembras!...) Fuera remilgos;
¡es de interés!

JULIA. ¿Para mí?

CARL. Se entiende. ¡Cuando yo sirvo
de estafeta!...

JULIA. (¿Qué será?)

CARL. Tenga usted, porque imagino
que con ella evitar puede
muchos y graves peligros.

JULIA. ¡Oh! pero eso es obligarme...

CARL. No es puñalada de pícaro.
Pasos siento... (Queriendo guardar la carta.)

JULIA. (La coge y se vá apresuradamente por la puerta izquierda.)
¡Ah!

CARL. (Viéndola ir con calma.) ¡Si lo dije!
Se cumplió mi vaticinio.—
¡Curiosidad, lo que influyes

en la mujer!... ¡ese bicho
tan voluble como hermoso
y que Dios en su obra hizo
de nuestras pobres costillas,
por los siglos de los siglos!
(Aparecen por el foro izquierda D. Pascual y Marcos; este se retira.)

ESCENA VII.

CÁRLOS, D. PASCUAL.

PASC. Muy señor mio...
CARL. Á la órden.
PASC. (¡En mi casa este tronera!)
Usted me dirá...
CARL. (Dios quiera
que no me obligue á un desórden.)
Don Pascual, la cosa es clara;
usted ha mandado aviso,
que en el término preciso
de hoy, aqui se presentara
Enrique, y él obedece
respetuoso á su mandar
viniendo yo en su lugar
para ver qué se le ofrece.
PASC. ¡Buena idea le ocurrió!
Sentiré que usted se pique,
pero es fuerza que me explique
con él en persona yo.
CARL. Pues mi palabra le abona,
y mi palabra es muy fiel,
que mi amigo y yo, y yo y él,
somos la misma persona.
Puede usté hablar, vive Dios,
sin escrúpulo ainguno.
PASC. Conque...
CARL. Somos dos en uno
ó vice versa uno en dos.
PASC. Mas son cuentas delicadas
las que nosotros debemos
arreglar...

CARL. Bien; arreglemos
las presentes y pasadas.
PASC. Y las futuras.
CARL. (Con intencion.) ¡Pues ya!
PASC. En fin, no es buena manera
de solventar...
CARL. Como quiera;
pero Enrique no vendrá.
Y confesemos que tiene
razon de usar tal reparo.
PASC. ¡Cómo!
CARL. Justo: soy muy claro,
pues la claridad conviene.
De usted injurias inmensas
recibió ya, sin querer,
y no se quiere exponer
á sufrir nuevas ofensas.
¡Pobre chico! no halla alivio
en su mal humor, ni aplomo...
que un enamorado, es como
el topo, animal anfibio.
PASC. Comprendo: en ese temor
su culpa á mostrar comienza;
le remuerde y avergüenza...
CARL. ¿El qué? limpio está su honor.
Al contrario, don Pascual,
porque se halla satisfecho
de sí mismo, y el derecho
que le asiste es muy legal,
no quiere en esta ocasion
presentarse, y lo hallo justo:
no es ningun plato de gusto
verse ultrajar sin razon.
Y como ya no celebra
con paciencia...
PASC. (Con desprecio.) ¡Está demente!
CARL. Tantas veces vá á la fuente
el cántaro, que se quiebra.
PASC. ¿Conque persiste en llevar
su plan adelante?
CARL. Es llano.
Él no es santo, y con la mano

su mal no puede curar.
Cuando el amor se afianza
al alma, difícil es
de allí arrancarle despues.

PASC. ¡Amor!... ¡gran amor!

CARL. Alcanza
mas allá de lo que piensa.
Y cuando es tan colosal,
¿quién se atreve, don Pascual,
á apagar su llama inmensa
tan de repente?... ¡Locura!
Querer tal cosa exigir,
es lo mismo que embestir
al leon en su bravura.
Ni es crimen á mi entender
que el corazon de amor vibre,
pues el corazon es libre
de amar á toda mujer.

PASC. Bien, que la ame enhorabuena,
pero que nos deje en paz.

CARL. ¿Y quién con frases de agraz
se dulcifica y serena?
Con buenos modos se arranca
mas partido que con fuero,
pues no siempre dá el dinero
para todo carta blanca.
Pero usted, el Conde y ella,
han tratado de envolver
á Enrique; y el que correr
quiere mucho, antes se estrella.
¡Verá usted el resultado
que sale de esa jugada!...
Por de pronto una estocada
el señor Conde ha ganado.

PASC. Ya sé que se encuentra herido
del brazo. (Incómodo.)

CARL. Pudo matarle:
mas herirle y humillarle
quiso Enrique, y se ha servido.

PASC. ¡Ya! y usted ¿se regocija
del triunfo? ¡Buen disparate!...
Enrique, ese botarate

quiere difamar á mi hija.
¿Qué dirán de tan extraño
desafio en la ciudad?
¡Mil hablillas!...

CARL. Es verdad:
pero ella buscó ese daño.

PASC. ¡Señor mio!...

CARL. Si, ella dió
al amor de Enrique vuelo;
le hizo soñar con un cielo.
y en el infierno le hundió.

PASC. Porque él se quiso elevar
donde llegar no podia.

CARL. Se engaña usted, á fé mia.

PASC. ¿Que me engaño?

CARL. Á no dudar.
¿Qué razon, en conclusion,
lo estorbaba?

PASC. Ya le indico
claramente...

CARL. ¿Que no es rico?
¡Soberbia y digna razon!
¿Es decir que por ser pobre,
no le juzga con derecho
de amar á su hija? ¡Mal hecho!

PASC. No es igual el oro al cobre.

CARL. Observo en palabras tales,
que olvidó usted la doctrina
cristiana; la ley divina
de *ante Dios todos iguales.*
Y, en fin, creo que la palma
debe darse, señor mio,
no al exterior, vano y frio,
sino á la virtud del alma.

PASC. ¿Tiene esa virtud quizá
Enrique? (Con ironia.)

CARL. ¡Es su ángel custodio!
Deje usted á un lado el odio,
y convencerse podrá.
No es justo que califique
ruin á Enrique, al Conde noble,
valiendo cien veces doble

que el Conde mi amigo Enrique.
PASC. ¡Ya!
CARL. Hablo cual corresponde.
Si por pobre no merece
Enrique el bien que apetece,
no es mas acreedor el Conde.
PASC. ¡El Conde es rico!
CARL. Lo dudo.
PASC. ¡Y su nobleza!...
CARL. ¡Bobada!
No es rico, y está empañada
la nobleza de su escudo.
Por conducto fidedigno
llegué á saber, don Pascual,
que no tiene un solo real,
ni que en sus hechos es digno.
PASC. ¡Cómo, cómo!... (Con interés.)
CARL. ¡Hola! Discurro
que le escoció...
PASC. Aclaracion
espero...
CARL. Sin dilacion.
Y caiga usted de su burro.
Cuando hoy el duelo empezó,
viendo á Enrique tan airado,
y hallándose desarmado,
trémulo al fin confesó
que descalabros fatales
le arruinaron; que otro Creso
le hace esta boda, y por eso...
PASC. ¿Cierto? (Con indignacion.)
CARL. (Afirmando.) Palabras textuales.
PASC. ¿Habrá sido tan villano?...
CARL. ¿Aun lo duda usted?
PASC. ¡Qué mengua!
CARL. Lo dice y jura mi lengua,
que nunca ha jurado en vano.
PASC. (La Condesa anoche...) (Recordando.)
CARL. (Digo,
si hizo efecto!...)
PASC. (¡Esto me humilla!)
CARL. (¡No fué mala banderilla!)

PASC. Amigo... (Con cierta bondad.)
CARL. (¡Ya soy su amigo!)
PASC. Con Enrique quiero hablar,
y le ruego se lo advierta.
CARL. Pero... ¿tendremos reyerta?
PASC. Vaya usted.
CARL. Le iré á buscar.
(Parece que cambia el viento.)
(Vá á irse y vuelve.)
No en su dolor se solace
usted luego.
PASC. (Impaciente.) No.
CARL. (Como desconfiando.) Quien hace
un cesto, puede hacer ciento.
(¡Chúpate esa!) Si usted mal
le trata, yo no respondo...
PASC. Bien, ¡bien!...
CARL. (De esta hecha dá fondo
el Conde.) Abur, don Pascual.
(Se vá por el foro de la derecha.)

ESCENA VIII.

D. PASCUAL.

¡Vaya un jóven! ¡Á ninguno
traté tan osado y claro!
Le perdono su descaro
por el aviso oportuno.
¿Conque el Conde por lo visto?...
El lance vá siendo serio.
Este seria aquel misterio
que la Condesa... Por Cristo,
no lo creyera jamás.—
¡El Conde!... Pero, ¿quién sabe
si esa acusacion tan grave,
es tan solo una inventiva
de ese tronera?... Quizás.
En fin, todo me aconseja'
ver pronto... Si: esta madeja
se enreda cada vez mas.
Voy...
MARCOS. (Sale por el foro de la derecha: anuncia y se retira.

dejando paso á la Condesa.)
La Condesa de Nieva.

ESCENA IX.

La CONDESA, D. PASCUAL.

PASC. (Subiendo á recibirla.)
Oh, ¡señora!... ¡honor tan sumo!
COND. Buenos dias.
PASC. Muy felices.—
Siéntese.
COND. (Sentándose.) Con mucho gusto.
¿Le extrañará mi vista?
PASC. ¡Solo me colma de orgullo!
COND. ¿Y Julia?
PASC. Perfectamente.
La llamaré...
COND. No: ahora juzgo
prudente que estemos solos,
pues con usted un asunto
vengo á tratar de bastante
consideracion.
PASC. (Con satisfaccion.) ¡Qué escucho!
¿Conmigo?
COND. Cierto.
PASC. (Como recordando.) ¡Ah! ya caigo.
(Ni de molde: ahora descubro...)
¿Será aludiendo sin duda
á aquel misterioso anuncio
con que anoche?...
COND. Si, señor;
precisamente á eso aludo.
Le hice tal observacion,
porque en razones me fundo
poderosas. Como aprecio
á usted y en el bien futuro
yo me intereso de Julia,
quise con tiempo oportuno
prevenirle.
PASC. La doy gracias.
COND. El Conde es un hombre astuto,
seductor, que ocasionó

grandes y tristes disgustos
de una familia en el seno.

PASC. ¡Es posible!

COND. Lo aseguro:
tengo datos.

PASC. ¿Y esos datos...

CONDE. Tuve sospechas y al punto
traté de ponerlo en claro,
pues jugaba mi honor puro
tambien en esta partida.

PASC. ¡Cómo!

COND. Si... ¡cosas del mundo!
Recuerdos antiguos... ¡pero
recuerdos que hieren mucho!

PRSC. (¡Qué idea!... Se me figura...)

COND. Y quedó inmóvil, confuso,
cuando presenté á sus ojos
anoche datos seguros.
Despues no he podido hablarle
cual pensé; y á usted acudo
para orientarle mejor,
pues en ello un deber cumplo.

PASC. ¿Y esos datos que usted dice?... (Con interés.)

COND. ¡Son un secreto profundo!

PASC. ¿Secreto?

COND. ¡De muchos años!—
El señor Conde introdujo
donde todo era alegria,
la discordia, el llanto y luto.
Hizo olvidar sus deberes
á una esposa... ¡Digno triunfo!
Sin respetos á su nombre,
la hizo romper el escudo
de su razon empañando
su virtud!... Amor impuro,
que la arrastró entre vergüenza
y lágrimas al sepulcro!

PASC. (¡Qué coincidencia!... Parece...)

COND. Antes de morir, el fruto
de su pasion al abrigo
de las asechanzas puso,
quedando asi para siempre

envuelto en misterio oscuro.
¡Pobre madre, sin ventura!

PASC. Condesa, yo me confundo.
Esa historia... (Con mucho interés.)

COND. ¡Fué bien triste!

PASC. ¿Esa historia lugar tuvo
en Valencia?

COND. ¡Qué! ¿usted sabe?...

PASC. ¡Ya han pasado cuatro lustros!

COND. ¡Verdad! Pero...

PASC. ¿Y esos datos
que al Conde acusan?...

COND. Son unos
papeles.

PASC. ¡Cómo!

COND. (Mostrándole la cartera.) Estas cartas.

PASC. (Reconociéndolas.)
¡La misma!... si, ¡ya no dudo!

COND. Mas...

PASC. Condesa, hace dos dias
que yo esa cartera busco.

COND. ¡Usted! (Con sorpresa.)

PASC. ¡Es mia!

COND. ¡Qué dice!

PASC. Si, señora, no lo oculto.

COND. Luego el autor...

PASC. (Con religiosidad.) ¡Respetemos
sus desgracias, su infortunio,
y respetemos los altos
juicios de Dios! Ya tributo
rindió á la muerte.

COND. ¡Murió!

PASC. ¡Pobre hermano!...

COND. (Con interés.) ¡Hermano suyo!
Ahora recuerdo que anoche
me advirtió usted...

PASC. Si.—¡Cuán duro
fué de su culpa el castigo!

COND. ¡Cómo!

PASC. Aquel amor, preludio
de mil soñados placeres,
se convirtió en su verdugo.—

Ausente ya de Valencia,
perseguido por disturbios
políticos, emigró,
y hallándose en Francia supo
era padre. Volvió á España,
acogiéndose al indulto,
en alas de su deseo;
y solo el silencio mudo
de la tumba dió respuesta
á sus felices augurios.
¡Sus sueños, sus esperanzas
se disiparon cual humo!—
Muerta la Condesa, ¿á quién
preguntar? ¿por qué conducto
saber de su hijo?... El secreto
ella guardó bajo el yugo
de la muerte.

COND. Pero...

PASC. Al cabo
por un criado fiel obtuvo
algunos leves indicios.
Pasó á Murcia, y del fecundo
Segura corrió las márgenes...
¡Todo en vano! Sin mas rumbo
que su razon, y alentado
por sus vehementes impulsos,
buscó por do qnier á su hijo.

COND. ¿Y no halló rastro?

PASC. Ninguno.
Herido en el corazon
y en la conciencia, no pudo
resistir. Entre mis brazos,
delirante, moribundo,
me suplicó y exigió
cumpliera sus votos últimos.

COND. ¡Nunca á su hijo llegó á ver!

PASC. Jamás: ¡asi á Dios le plugo!

COND. ¿Y usted saber no ha podido?...

PASC. Nada: todos mis recursos
fueron vanos.

COND. Quizá muerto...

PASC. Condesa, tal me figuro.

COND. Muerto ó vivo, yo heredé
una joya, á cuyo influjo
creo se pueda algun dia
descubrir...
PASC. ¿Cuál? No presumo...
COND. El aya de la infeliz
Condesa, relato justo
me hizo del fatal misterio;
y me entregó como único
testimonio para hallar
al ser huérfano y oculto,
mitad de una cruz de oro.
La otra mitad...
(El Conde aparece por el foro izquierda. D. Pascual le vé, y advierte á la Condesa que calle.)
CONDE. (¡Hola! ¡juntos
los dos!)
PASC. ¡El Conde!... Silencio.

ESCENA X.

La CONDESA, el CONDE, D. PASCUAL.

CONDE. Perdónenme si interrumpo...
COND. ¡Oh! nada de eso. (Jovialmente.)
PASC. Adelante.
CONDE. Rendido á sus pies saludo. (Á la Condesa.)
PASC. Siento haberle hecho esperar
tanto, mas... (Al Conde.)
CONDE. Ya, ya calculo
perfectamente... Venia
á despedirme; y en uso
de mi franqueza...
PASC. ¿Se marcha?
CONDE. Pronto vuelvo: cierto asunto
me reclama...
COND. (Al Conde.) Le hallo á usted
pensativo, taciturno.
CONDE. No, tranquilo.
COND. Señor Conde,
he oido cierto murmullo...
CONDE. No sé... (Desentendiéndose.)

COND. (Prontamente.) ¿Cómo vá la herida?
CONDE. ¡Ya se cuenta!... (Admirado.)
COND. Casi es público.
PASC. (¡Qué dirán!)
COND. Las novedades
corren mas pronto entre el vulgo.—
¿Qué tal don Enrique?... Dicen
que es tirador sin segundo.
CONDE. Poca cosa.
COND. Sin embargo...
CONDE. ¡Me hirió... no sé... fué un absurdo!
(Aturdido.)
La suerte... casualidad...
COND. Cierto: á veces...
CONDE. (Afirmando.) Pues. (¡Yo sudo!)
COND. ¡Ah! dispense usted que anoche,
dando equivocado curso
al pensamiento, juzgase
que la cartera...
CONDE. Me excluyo.
COND. Ya sé que el dueño...
CONDE. Presente.—
(Me olvidé...) (Bajo á él.)
PASC. (Con despego.) Gracias.
CONDE. (Notándolo.) (¡Qué adusto!)
(Se presentan por el foro derecha Enrique y Cárlos. Sorpresa general.)

ESCENA XI.

DICHOS, ENRIQUE, CÁRLOS.

ENR. (¡Oh! ¡qué miro!)
CARL. (Ap. á Enrique.) (Calma y tiento.)
CONDE. (¡Él!)
COND. (¡Él aqui!)
ENR. (Desde el foro.) Servidor.
PASC. (¡Veremos si al fin!...)
ENR. (Valor,
corazon, llegó el momento.)
(D. Pascual hace seña de que pasen, y bajan á colocarse en medio.)

el aviso recibí
y estoy á su órden.

PASC. (En tono natural.) Corriente;
hablemos pues francamente

ENR. ¿Pero.. en presencia... (Extrañado.)

PASC. Si, aqui.
No es ya un secreto...

ENR. Me allano.

PASC. Mis palabras serán claras
y breves.

CONDE. (¡Cosas mas raras!)

CARL. (¡Dios le tenga de su mano!)

PASC. Enrique, dando al olvido
ese empeño que le instiga,
quisiera...

ENR. (Interrumpiéndole.) Si, no prosiga.

PASC. Pero...

ENR. Será obedecido.

PASC. (¡Ah!) (Con satisfaccion.—Movimiento general.)

ENR. Comprendo por demas
cuanto vá usted á decir!...
Mañana debo partir
para no volver jamás.
Su hija de usted la pasion
encendió que arde en mi pecho,
y ella tambien ha deshecho
sin piedad mi corazon.
Quise luchar, y luché
con un resto de esperanza:
hoy ya mi sola venganza
es partir... y partiré.

COND. (¡Pobre jóven!)

CONDE. (¡Ya le pierdo
de vista!)

PASC. (Observando á Enrique.)
Si: en él se nota...

CARL. (Siempre la mejor bellota (Por el Conde.)
se la lleva el peor cerdo.)

PASC. Bien, Enrique: tan buen juicio
merece mi estimacion.

ENR. ¡Oh! gracias. (Con amargura.)

COND. (Al Conde.) De admiracion

es digno tal sacrificio!
¿Tanto amor?... (Á Enrique.)

ENR. No conocí
ni mas padres ni mas bien
que Julia!... Con su desden
cuanto ambicioné perdí.
(La Condesa y D. Pascual habrán cambiado una mirada al oir «ni mas padres.» Los versos siguientes deben decirse con el mayor interés posible.)

PASC. (¡Cielos!)

COND. (¡Huérfano!)

ENR. ¡Oh! la muerte...

COND. ¿No llegó usté á conocer
sus padres?...

ENR. Ese placer
me negó la impia suerte!
De un anciano al tierno abrigo
vi correr mi infancia pura
en la márgen del Segura.

COND. y PASC. ¡Del Segura!

CARL. ¡Y yo testigo!

PASC. ¿Sus padres fueron?...

ENR. Lo ignoro.

PASC. ¿Y conserva, por fortuna,
alguna prenda?...

ENR. Si, una:
esta media cruz de oro.
(Mostrándola, de un cordon que lleva al cuello. La Condesa y D. Pascual la reconocen.)

PASC. ¡Ella es!

COND. ¡Si!

PASC. (Con efusion.) Gracias, Dios mio!

ENR. ¡Ah! cómo, señor: ¡usté!...

PASC. Mi hermano tu padre fué! (Se abrazan.)

COND. (¡Cumplí mi voto!)

CARL. (Al Conde sonriéndose.)
¡Es su tio!

CONDE. (¡Pues estoy yo de bromita!)
Don Pascual...

PASC. (Con cierta gravedad.) ¡Ah! señor Conde,
sepa que no se me esconde
lo que su afan solicita.

Comprendo al cabo mi error!...
Hollé la noble virtud
del alma, y en mi inquietud
al oropel dí valor.

CONDE. ¡Cómo!

PASC. Que yo haré la union
de Enrique y mi hija!

CARL. (Frotándose las manos.) ¡Contento!

CONDE. Si ella renunció...

(Sale Julia por la puerta izquierda, figurando haber escuchado la escena.)

ESCENA XII.

DICHOS, JULIA.

JULIA. Consiento
con todo mi corazon!

CONDE. (¡Diablo!) Don Pascual... (Como ofendido.)

PASC. (Atajándole.) Su audacia
y su plan indigno sé.
¿No dijo en el duelo?...

CONDE. (Buscando disculpa.) ¡Ah! fué...
un golpe de diplomacia.
(Marcharme es lo mas prudente.)

CARL. Conde, esta vez...

CONDE. (Impaciente.) Si, adivino...

CARL. Esta vez no obró con tino
su diplomacia excelente.

CONDE. (Con risa y rabia.) ¿De veras?

CARL. En la jugada
perdió dote y matrimonio;
pero en cambio... ¡qué demonio!
ganó usted una estocada.

CONDE. (Hoy de Cádiz me destierro!)
Señores... (Todos le saludan.)

CARL. (Acompañándolo.) Adios.

CONDE. (Quizá
algun dia!...)

CARL. (Bajando.) El Conde vá
como perro con cencerro.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, menos el CONDE.

COND. Le entrego estas cartas: son
de su madre. (Dándole la cartera.)
ENR. (Besándola.) ¡Madre mia!
PASC. Hijos, desde hoy alegria!
ENR. ¡Cárlos!
CARL. (Abrazándole.) ¡Venga un apreton!
COND. Seré madrina en la boda:
y Cárlos...
JULIA. ¡Él debe ser
padrino!
PASC. ¡Tendré un placer!
CARL. ¡Soberbio! ¡Bien! ¡Me acomoda!
y del primer chiquitin... (Á Enrique.)
No hay que ponerse encarnada. (Á Julia.)
La primer polka aplazada. (Á la Condesa.)
Papá-suegro, magno fin! (Á Pascual.)
No haya mas pena ni lloro,
ya que Dios en su bondad
tan grande felicidad
nos dió con *La Cruz de oro.*

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.
Madrid 25 de febrero de 1859.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

a.
8.
i de pájaro.

o.
nitende, ó un hom-

a nobleza.
o lo que reluce.

enmienda.
evuelto.
Cid.
las de honor, ó el
el Cid.
del jardin.
illero es D. Dinero.
les.

al Coronel!...
abarca.
mia!
utor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato áquemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falla.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

doro.
na ley.
o.

Gitana.
te.
.

ta.
, ó el Alcalde pro-

una ópera.
la maja.
portelano.
Marruecos.
ratonera.
no.
rnaval.
ama lirico.)
e la Rioja *(Música)*
e Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

n de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
do de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de P
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcía	Hered. de An
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y C
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sa
Valladolid	H. de Rodri
Vigo	Fernandez D
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.